

la el virey saliente el lugar donde debían de concurrir para conferenciar sobre la entrada del mando. De México salió una compañía de caballería y como general de ella el virey saliente no había en Veracruz tropa de esta arma, y marchó también para es- coger al virey el capitán de la escolta con alcaide y escuderos, llegando casi a las tres de la tarde a las Viras acompañado de parción de compañías. El virey se paró en un punto adelantado a cinco mil pasos de los cortices, acompañado de la tropa de formados recibida en todo el camino por los adelantados y gobernadores de indios de los pueblos del tránsito e inmediatos, que formaron el camino por donde se adelantó, saliendo con algunas en su ida y presentándose a las Viras.

D. ALVARO MANRIQUE DE ZUÑIGA.

SETIMO VIREY

Don Alvaro Manrique de Zuñiga, hermano del duque de Béjar y marques de Villa-Manrique, descendía del primero de este título, D. Alvaro de Zuñiga, agraciado por Felipe II; fué sucesor del justiciero D. Pedro Moya de Contreras y entró á México en compañía de su esposa D^a Blanca de Velasco, hija del conde de Nieva, el 18 de Octubre de 1585. Durante la dominacion de la casa de Austria todos los vireyes fueron sacados de la clase de los grandes de España ó de sus familias, por cuyo motivo se hace mencion de sus esposas que pertenecian al mismo rango; sistema que cambió al ocupar el trono español la casa de Borbon: segun veremos, no fueron casados la mayor parte de los vireyes en esta época. Debido á los actos del arzobispo virey, comenzó D. Alvaro su gobierno bajo los mejores auspicios, contribuyendo ademas al buen éxito la circunstancia de que Villa-Manrique era juicioso y bien intencionado; así es que el primer año de la administracion del virey fué sin trabas ni embarazos, no obstante que los enemigos de la administracion que acababa de pasar ansiaban un cambio para sacar provecho.

Con corta diferencia, en cada caso el ceremonial usado en la entrada de los vireyes era el siguiente: Desde que se acercaban las flotas á las costas de Veracruz, se adelantaba siempre un navío de aviso desde la rada de Campeche, viniendo en él un gentil-hombre de la familia del virey, enviado por este con la mision de llevar á México cartas á las autoridades, escritas segun fórmulas establecidas haciendo saber su llegada, cuya noticia era solemnizada con repiques. El virey que salía enviaba literas al que venia á sucederle, con todo lo necesario para el camino, y regalos de dulces y chocolate, sin que se olvidaran las frasqueras con buenos vinos, mostrando el obsequiante en todo esto su generosidad y magnificencia. Luego que desembarcaba un virey en Veracruz, salian á recibirlo en el muelle el ayuntamiento y el gobernador que hacia la ceremonia de entregar las llaves de la ciudad, y pasaban entre la valla que desde allí hasta la parroquia formaba la guarnicion, esperándole en la puerta de la iglesia el cura de capa pluvial, con el clero y palio que el virey mandaba retirar; despues del Te-Deum se dirigia con la misma comitiva á la casa dispuesta para su habitacion. En el puerto se detenia el virey mas ó menos dias, haciendo el reconocimiento de las fortificaciones y esperando tambien la respuesta al aviso que habia dado de su llegada, por la que fija-

ba el virey saliente el lugar donde habian de concurrir para conferenciar sobre la entrega del mando. De México salia una compañía de caballería, si como generalmente sucedia no habia en Veracruz tropa de esta arma, y marchaba tambien para escoltar al virey, el capitan de la Acordada con clarines y estandarte, llegando casi siempre hasta Jalapa ó las Vigas acompañado de porcion de comisarios. El virey se ponía en marcha antecediéndole cuatro batidores y dos correos, acompañado de la tropa referida; era recibido en todo el camino por las autoridades y gobernadores de indios de los pueblos del tránsito é inmediatos, que tenian el camino barrido y adornado, felicitándole con arengas en su idioma y presentándole sartas de flores.

En Jalapa se le presentaban uno de los secretarios del gobierno y dos canónigos de Puebla, comisionados por la mitra para acompañarle y obsequiarle en el viaje hasta esa ciudad. Siguiendo su marcha pasaba de Perote á Tlaxcala, donde hacia entrada pública á caballo, ordenándose la comitiva media legua antes de llegar á la ciudad, de esta manera: abrian la marcha los batidores y un page del virey con un estandarte en que estaban bordadas las armas reales y en el reverso las del virey, seguía un gran número de indios con tambores, chirimias y otros instrumentos de música, llevando alzados en picas los estandartes ó banderas de los pueblos á que pertenecian: precediendo al virey iba el cuerpo de ciudad, compuesto de los indios nobles que llevaban largas cintas que pendian del freno del caballo que montaban, y los regidores portaban sobre sus vestidos ricas mantas de fino algodón en que estaban bordados los timbres de sus familias y pueblos; despues del virey iba un caballerizo, luego la comitiva y escolta en medio de un inmenso gentío: llegando el virey á la estremidad de la calle Real se detenía frente á una fachada de perspectiva con adornos ó geroglíficos relativos á su persona, y allí se decía una loa adecuada á las circunstancias, pasaba luego á la parroquia donde se cantaba el Te-Teum y en seguida á las casas reales en las que se le tenía dispuesto el alojamiento; permanecía tres dias en Tlaxcala donde habia toros y otras diversiones. (1)

Continuaba para Puebla donde entraba á caballo y era recibido con la mayor solemnidad; allí solía permanecer ocho dias entre fiestas y obsequios, ocupándose en visitar los conventos de monjas de los cuales eran en aquellos tiempos vice-patronos los vireyes. En Cholula y Huejotcingo hacia tambien entrada pública por consideracion á los méritos de aquellas ciudades que fueron aliadas de los españoles en la conquista, no permaneciendo en ellas mas que el dia de su llegada. Mientras tanto el virey que acababa, habia desocupado el palacio trasladándose con su familia á alguna casa particular, y salía á recibir á su sucesor á Otumba, donde hacia la entrega del gobierno, usando algunos de mucha pompa en tal acto. Las autoridades pasaban hasta San Cristóbal á presentarse al nuevo virey que seguía á la Villa de Guadalupe; donde el arzobispo le recibía con un convite y en seguida iban á Chapultepec, en cuyo palacio estaba prevenido el alojamiento, divirtiéndose el público en ir á visitar el palacio algunos dias antes. En Chapultepec se presentaban el tribunal de la Inquisicion y las demas autoridades, y allí era obsequiado el virey con toros y otras diversiones; solía pasar en lo privado á la capital á tomar en el palacio disposiciones para su alojamiento y visitar la catedral ó algunas imágenes como la del Cristo de Santa Teresa.

Aunque el virey entraba en ejercicio de la autoridad desde que se la entregaba su

(1) Diccionario de geografia y estadística.

antecesor en la primera entrevista, el acto solemne de la toma de posesion era despues. Pasaba el virey á catedral á hacer oracion y luego á palacio á donde entraba en coche por la puerta principal: si la ceremonia era por la noche le recibian con hachas; bajando del coche le acompañaban los ministros y tribunales á tomar la escalera que subía para la Audiencia, donde le recibian los oidores y le llevaban á la sala de lo civil, en la cual, abajo de las gradas de los estrados se ponía un docel de terciopelo y damasco encarnado, y adornos de seda del mismo color, una mesa larga con tapete de China encarnado y á cada lado del sillón del virey seis mas; sobre la mesa habia un misal abierto á la derecha del virey y señalando el Evangelio, y varios candeleros con velas de cera. Despues de haberse sentado el virey y los miembros de la Audiencia, cerrábanse las puertas y luego tocaba S. E. la campanilla y entrando un portero le mandaba trajese el real sello, el cual era conducido en un azafate por el canceller armado y cubierto, acompañado de ministros de la Audiencia que con dos hachas le alumbraban; el sello era colocado al lado de S. E. poniéndose todos en pié al entrar á la sala, y el virey lo tomaba en señal de posesion; luego exhibía las cédulas de capitan general, virey y presidente de la real Audiencia; leídas por los dos secretarios de cámara y gobierno, las ponían los asistentes sobre sus cabezas y el virey hacia el juramento sobre el Evangelio, volvía el sello á la cancellería del mismo modo que se le trajo, y luego salía el virey de la sala acompañado de todos los ministros hasta el coche y entrando en él pasaba á visitar al arzobispo.

Para que la entrada solemne fuese de una manera correspondiente, se tomaba el tiempo que se consideraba necesario para que la ciudad hiciera sus preparativos. Ordenábase la entrada por la tarde desde la parroquia de Santa Catarina ó la de Santa Ana, á donde concurrían la Audiencia, los tribunales y la nobleza, compitiendo en la riqueza de los trajes, magnificencia de los caballos, en lo vistoso de los arneses y jaezes, en el número de criados y costo de libreas. En la esquina de Santo Domingo estaba dispuesto un arco, y allí era saludado el virey por el corregidor y ayuntamiento que le presentaban las llaves de la ciudad, recibiendo el juramento de guardar los fueros de esta; tambien estaba allí prevenido el palio, y llevando las varas los regidores seguía bajo él el virey; en esta parte hubo muchas variaciones, pues diversas reales órdenes quitaron y restablecieron tal uso; el corregidor y alcaldes, yendo á pié, conducían las riendas del caballo que montaba el virey. Este bajaba frente á la puerta del costado de catedral donde habia un arco, allí se le decía una loa comparando los servicios del nuevo gobernante con los de un héroe ó divinidad fabulosa que estaba representada en los adornos del arco; el arzobispo revestido de pontifical, y el cabildo con todo el ceremonial correspondiente al patronato, le recibían en la puerta de la catedral y despues del Te-Deum se dirigía á palacio con la misma comitiva y en aquella noche y las de los dias siguientes habia fuegos, iluminaciones, y en el dia toros y otras diversiones. El lujo que los vireyes ostentaban en su entrada era mayor ó menor, segun el carácter de ellos.

El virey que terminaba solía permanecer mucho tiempo en México ó en algun lugar que elegía para su mansion despues que entregaba el mando, esperando la ocasion para trasladarse al punto de su nuevo destino, ya para regresar á España, ya para dirigirse al Perú ó para contestar á los cargos que le resultasen por el proceso de residencia á que se daba desde luego principio por el juez comisionado de formarlos, publicándolo para que ocurrieran los que tuviesen demandas que presentar. Pasados

muchos años y con motivo de las contestaciones suscitadas en la entrada de D. Matías de Galvez, se mandó por la corte que en adelante no hubiese entradas á caballo, y se extinguió el ceremonial referido. Entonces el virey, á su llegada, se trasladaba con la escolta y decoro correspondiente á Puebla, desde donde le acompañaba el intendente de la provincia; conferenciaba en San Cristóbal con el virey que salía, en el edificio construido al efecto por el consulado que hacia los gastos del recibimiento, y entregando allí el mando seguía el virey saliente su viaje para embarcarse: el nuevo virey era recibido y acompañado desde Guadalupe, por todas las autoridades que iban en coche, estando formadas en las calles del tránsito las tropas de la guarnición; prestaba el juramento respectivo en el acuerdo y entraba en ejercicio de la autoridad. El ayuntamiento hacia el gasto de la mesa en los primeros tres dias, cuya cantidad, unida á lo que gastaba el consulado, ascendía á catorce mil pesos.

Es asombroso el número de leyes que se dictaron con motivo del ceremonial arreglando hasta los menores detalles de las asistencias, la pieza en que el virey debía recibir á la Audiencia, los oidores que habian de acompañarle en el coche y el lugar que habían de ocupar, dejando ver en todo el empeño que se tenia en hacer respetable la autoridad real y á quien la representaba. Las formalidades estaban prevenidas con mas minuciosidad en lo que tenia relacion con los prelados eclesiásticos, habiendo llegado á mandarse por real cédula de 9 de Febrero de 1670, que el arzobispo en catedral, pasando por la crujía del coro al presbiterio soltara la cauda de su vestido al hacer cortesía al virey; este exijía tanto las muestras exteriores de respeto, que una vez el segundo duque de Alburquerque, volviendo á Palacio en su coche por la calle de San Francisco y encontrando al chantre de la catedral que iba á pié, notó que este no se detenía y quitaba el sombrero bajándolo como estaba establecido para con los vireyes, por lo que tan luego como llegó á palacio pasó recado al arzobispo para que antes de veinticuatro horas hiciese salir desterrado al chantre veinte leguas á la redonda, como se verificó.

Poco despues de haber tomado posesion del gobierno el marques de Villa-Manrique, apareció un conflicto á principios de 1586, con motivo de la segunda notificación hecha á los padres franciscanos, dominicanos y agustinos que administraban las parroquias de la Nueva-España, habiendo quedado sin ejecucion la cédula relativa que quiso hacer cumplir el virey D. Martin Enriquez de Almanza. Convenido D. Alvaro de la justicia que habia dictado la real cédula de patronazgo sobre el clero regular, y conociendo que las órdenes religiosas al hacerse dueñas de poder y de riquezas se iban volviendo egoistas, no interesándose ya por el bien general, trató de que se llevase á efecto dicha cédula, notificándola á los frailes por segunda vez é insistiendo en que se observase estrictamente cuanto en ella se mandaba. Los frailes, que desde la primera vez se opusieron tenazmente á aquella disposicion, contestaron que no daban cumplimiento á lo que se les notificaba, por mediar algunas razones que ya habian puesto en conocimiento del rey. Por este tiempo los religiosos se iban aumentando, pues en el primer año de la administracion de Manrique se establecieron los carmelitas.

Como el pueblo conquistado veia con terror á los soldados de cuya codicia era víctima, y conservaba gratitud y amor á los religiosos que estendieron y consolidaron la conquista, predicando el cristianismo que prometia en el cielo la tranquilidad que en la tierra no encontraba aquella perseguida raza, cuyas lágrimas eran enjugadas única-

mente por los individuos de las órdenes monásticas, no olvidó que los primeros predicadores del Nuevo-Mundo fueron verdaderos apóstoles. El clero regular no era tan amado ni tan respetado como el secular; pero en cambio contaba con el apoyo del poder civil, queriendo los reyes y sus delegados en la colonia, que se evitara á toda costa la conservacion de los privilegios y preeminencias de las órdenes regulares, que opusieron á ello toda la resistencia de que fueron capaces. Manrique insistió en el cumplimiento de la real cédula, sin atender á las escusas que ya desde antes habian hecho valer los religiosos, por lo que estos apelaron al rey y al Consejo de Indias, de cuya apelacion resultó que el rey mandase que se le presentara un memorial de inconvenientes, visto el cual quedó suspensa por segunda vez una disposicion que alteraba radicalmente la organizacion que se empezaba á dar á la colonia.

Los religiosos que tanta preponderancia habian adquirido, llegaron á Nueva-España pobres, humildes y modestos, y poco tiempo bastó para que se consideraran como señores y directores de la marcha de los sucesos de este país. Los franciscanos entraron á México en Junio de 1524, desde cuya fecha hasta Mayo del siguiente año existieron dos monasterios de San Francisco llamados el «nuevo» y el «viejo», este se encontraba cerca de la plaza mayor de la ciudad y en la calle de Santa Teresa. La casa debió ser sin duda provisional y por lo mismo no se haria allí ninguna construccion de importancia; permanecieron en ella los religiosos cerca de un año pasándose al sitio en que despues estuvo el convento, cuya obra se hizo á espensas de D. Fernando Cortes que era el patrono; allí se estableció la parroquia y despues se levantaron cinco iglesias, quedando la mayor situada de Oriente á Poniente la cual fué dedicada el 8 de Diciembre de 1716. Los dominicos no habian venido menos pobres y tampoco habian dejado de acrecentar su poder y sus bienes con gran rapidez; llegados los primeros doce en Julio de 1526 en la misma embarcacion en que vino el Lic. Ponce de Leon, encargado de residenciar á Cortes, enviados por su general fray Silvestre de Ferrara, y trayendo por superior á fray Tomas Ortiz, fueron á hospedarse al convento de San Francisco, donde se mantuvieron hasta Octubre del mismo año en que pasaron al sitio que se les señaló para que levantasen el convento, en la casa donde mas adelante estuvo la Inquisicion, que fué donde fabricaron el primero, yéndoles tan mal que murieron cinco, y entonces el vicario general Ortiz resolvió volverse á España con otros tres religiosos, quedando solamente tres, entre ellos fray Domingo de Betanzós, quien estendió la órden hasta Guatemala. Mantuviéronse allí los religiosos hasta que les concedió Alonso de Estrada en 1530 la esquina enfrente donde estaban; en aquel lugar labraron su convento á espensas de la real hacienda, haciendo la dedicacion de la iglesia en 1575, consagrándola fray Alonso de Guerra, obispo de Michoacan, el 8 de Diciembre de 1590; pero como por lo cenagoso del terreno se habian hundido la iglesia y el convento, fabricáronse otros nuevos segun lo resolvió una junta presidida por fray Francisco Aguirre, haciéndose la dedicacion de la nueva iglesia el 3 de Agosto de 1736, gastando en la obra mas de doscientos mil pesos. El convento fué hecho cabeza de provincia independiente de la de Santa Cruz, y se intituló «Provincia de Santiago de México, del órden de predicadores.» Los agustinos, aunque mas tardíos en llegar, no fueron menos notables en cuanto á la grandeza mundana á que llegaron; venidos los siete primeros á Nueva-España en Junio de 1533 trayendo de vicario provincial á fray Francisco de la Cruz, se hospedaron en el convento de Santo Domingo donde estuvieron cuarenta dias, hasta que la real Audiencia, que entonces